



Amar el tren

NACHO RUIZ
Galería T20

El tren es memoria y fantasía del viaje, es con un libro y mirando paisajes que en el coche no se ven y en el avión ni existen. Es una de las grandes cosas de la vida

Mis primeros recuerdos tienen dos estaciones, Murcia y Chamartín. La del Carmen era como debía ser una estación y mi familia era como debía ser una familia, así que íbamos a recoger todos a quien venía de viaje, con mi abuela, que era la matriarca, a la cabeza. El tiempo entonces tenía otra configuración y los retrasos, españolamente tolerables. Estamos en 1980. En aquella espera mi hermano y yo le pedíamos pesetas a mi abuela, que rebuscaba en aquel bolso negro de piel que tanta felicidad en forma de caramelos nos dio. Cogíamos las pesetas, saltábamos a la vía y las poníamos en línea sobre los raíles. Entonces pasaba el tren y notábamos excitados cómo traqueteaba mínimamente sobre nuestras monedas. Al irse bajábamos otra vez a la vía delante de revisores que fumaban ducados con sus gorras tan elegantes y recogíamos un tesoro de monedas aplastadas de un dorado brillante, enormes y finísimas, como imaginábamos los doblones que los piratas robaban a nuestros galeones en las Antillas.

No salí de España hasta los 17, entonces una familia media como la mía con frecuencia no había volado nunca. Si el niño que fui viera a mis hijos hoy pensaría que son ricos. Entonces ir en tren a Madrid era la gran aventura y Chamartín, con aquellos murcianos azulejos tan coloridos de Pepe Lucas era una modernidad radical que se parecía un poco a 'La fuga de Logan', la serie que todos veíamos entonces. Eran los trenes de compartimentos, con 8 plazas y una puerta de cristal corredera, aquellos en los que Poirot resolvía los misterios de Agatha Christie, con vagón comedor, pero era muy caro, nosotros traíamos bocatas. Trenes parsimoniosos, el nocturno de Madrid era el Borreguero y te dejaba en la capital de madrugada hecho un despojo, salvo que fueses en coche cama. Tres literas a un

lado, tres a otro. Traqueteo constante, luces fantasmales en el techo y unos extraños botes que seguramente serían otros niños poniendo otras pesetas en la estación de Cieza o la de Albacete. Todo Cristo fumando en todas partes y maletas sin ruedas, porque no se habían inventado. Los que se colaban se encerraban en el baño o iban de sitio en sitio en tiempos en los que el revisor ticaba cada billete.

Mi primer viaje solo fue a los 13 años, al campus de baloncesto de Aito García Reneses en un pueblo perdido de Cataluña. Con mi mochila, las indicaciones de mi madre para cambiar de trenes, dinero para bocatas y Coca-Cola. Sants me pareció el sitio más grande del mundo y una turista nórdica se agachó para abrir su maleta frente a mí con una camiseta de tirantes sin sujetador y, en ese exacto momento, me cambió la voz.

Luego el Interrail, sin límite de kilómetros por Europa. Carolina y yo organizamos uno en primero de carrera. Salimos de Murcia 20 compañeros, llegamos hasta Estambul cinco. A Murcia volvimos los dos solos, negros y pesando 10 kilos menos. Nos intentaron robar pasando Bari mientras dormíamos echándonos un spray anestésico y vivimos miles de aventuras. En Grecia un tipo me amenazó de muerte y en el paso de la frontera turca, entonces casi en guerra, nos bajaron del tres soldados con rifles. Dormíamos en los trenes para ahorrar hoteles y sabíamos defendernos. Éramos muy duros entonces y yo llevaba una navaja automáti-

ca que nunca hubo que usar.

Luego el Erasmus en Italia, que fue más tren. Había un billete que llamaban kilométrico con 300 kilómetros con precio de estudiante. Tú o el revisor apuntabais el trayecto en una tarjeta y luego se sumaba y sellaba. Pero estaban muy atrasados, no conocían el boli Replay, que se borra. Íbamos a Nápoles desde Roma, lo escribíamos, el revisor sellaba y luego borrábamos el trayecto, sumando solo 10 kilómetros. Carolina y yo debíamos conocer muchas cosas, era una causa mayor. Una noche de domingo teníamos que viajar con nuestras mochilas, aquellas casas a cuestas, desde Padua a Roma, donde vivíamos, pero teníamos kilómetros, no dinero. Subimos a un tren, esperamos que se pusiese en marcha y buscamos al revisor. El hombre, alto y guapo de unos 40 y con acento véneto, se cabreó muchísimo. Nos dijo que le diéramos la tarjeta de crédito, pero no teníamos, que pagásemos o que nos tiraba en marcha, todo a gritos. Pero era italiano y entonces, a la italiana manera, se calmó y nos llevó a un compartimento vacío, nos ubicó allí y nos preguntó: «Si no tenéis dinero ¿cómo vais a casaros?». Y llegamos a Roma de madrugada.

El tren es memoria y fantasía del viaje, es con un libro y mirando paisajes que en el coche no se ven y en el avión ni existen. Es una de las grandes cosas de la vida.

He llorado mucho esta tragedia, porque esa pobre gente disfrutaba de la mejor forma de pasar las horas. Cuando se hizo de noche el destino se llevó a unos y marcó a otros de la más espantosa de las maneras. Al día siguiente viajé de Murcia a Madrid en un tren triste y vacío.

No es noticiable pero me voy a morir. No sé cómo ni cuándo, creo que no quiero saberlo, pero por el camino no dejaré de hacer las cosas que amo. Y amo viajar en tren y confiar en que sigan siendo como han sido siempre; bonitos, cálidos y seguros.

He llorado mucho esta tragedia, porque esa pobre gente disfrutaba de la mejor forma de pasar las horas

grosso. Fue el artífice del asalto al Capitolio tras perder las anteriores elecciones; ahora, cual cabra que se echa al monte, lo quiere todo. Estamos en manos de un loco. ¿Quién volverá a encerrarlo en su jaula? Quien viva lo verá. Es la pregunta del millón.

MANUEL CASTELLANOS PLAZA

Europa y EE UU

Dinamarca vendió a Estados Unidos en 1917 las caribeñas Indias Occidentales Danesas, hoy conocidas como Islas Vírgenes de EE UU, por 25 millones de dólares en oro. Así que lo de Groenlandia, será cuestión de que lo negocien, ya exis-

te el precedente. Diplomacia, ¿o no? EE UU lleva desde el siglo XIX intentando comprar Groenlandia.

Hay un informe interno de Estados Unidos que afirma que una OTAN fuerte y una Europa con mercados sin tanta regulación son necesarios. Dice que la autosuficiencia y el poder son las únicas garantías de paz. La guerra de Ucrania está siendo un aprendizaje muy doloroso. Avisa EE UU que su tiempo de sostener el orden mundial como un atlas ha terminado. Estados Unidos aduce que Europa debe reencontrarse con su identidad occidental, con más soberanía, fronteras, natalidad, orgullo cultural sin comple-

jos, mirarse con satisfacción en su pasado y salvarse del abismo de la 'woke' radical. Es decir, más afinidad con los EE UU. Y así recuperará el respeto del mundo con urgencia. Con la importante misión de mantener a raya al este europeo y al oriente asiático, actuando como contrapeso político, cultural, militar y económico.

ANTONIO ALAMINOS

Los originales que se envíen a esta sección no deberán sobrepasar 25 líneas. Estarán firmados y se hará constar el número del DNI junto con el domicilio y el número de teléfono de sus autores. También pueden enviarse por correo electrónico a: cartasdirector@laverdad.es

LA VEREDA DEL CAPITÁN
MANUEL MADRID

Istán es mejor que Nueva York

Marina Perezagua reúne en 'Luna Park' todas sus ilusiones y desilusiones sobre Estados Unidos



En 'Luna Park' (Páginas de Espuma, 2025) encontramos todas las ilusiones y desilusiones de Marina Perezagua (Sevilla, 1979) en Nueva York. Pensó que iba para cinco años y se quedó 25 como profesora en varias universidades. Pero ya no más. Ha decidido volver a España y dejar atrás una ciudad que no es para niños, aunque haya posibilidades increíbles como hacer break dance y una fiesta de pijamas bajo una balleza azul en el Museo de Historia Natural. Pero sabemos que no es el lugar más cómodo del mundo para vivir y hacer amigos. La propia Perezagua tardaba cuatro horas en volver a casa cada día.

Nueva York era una ciudad alegre, pero en los años 70 y 80 los índices de criminalidad se dispararon con los alicates de cinco familias intocables –Bonanno, Colombo, Gambino, Genovese y Luccese–. La miniserie 'La ciudad del miedo: Nueva York contra la mafia' (Netflix, 2020) revivió aquel tiempo. Luego se han dado otros escenarios (balaceras, gente defecando y masturbándose en el metro, suciedad por doquier...) que han agravado la incredulidad de sus habitantes. Pero no lo ven pues criticar eso es como estar en contra de quien debe gestionar eso. Marina se cansó de vivir con el miedo en el cuerpo, que es básicamente lo que garantiza un país en manos de Donald Trump, que nos deja la impresión de que va contra todo y contra todos. No merece ya la pena seguir allí, sentencia la escritora, «salvo que la prioridad sea ganar dinero».

Escribió los cuentos de 'Luna Park' después de dar a luz a su hija. Y salieron relativamente rápidos [también es autora de novelas como 'Yoro' (Premio Sor Juana Inés de la Cruz), 'Don Quijote de Manhattan' y 'Seis formas de morir en Texas']. Perezagua barre con todos los mitos, pues ni siquiera la gente con dólares puede ya vivir bien. No sé si quedará ya alguna isla a salvo de las crónicas de sucesos. Miremos cualquier lugar de la Región de Murcia, y todo lo que llega a los periódicos sobre la crueldad organizada (mafias, asesinatos, atracos, edificios tomados por clanes de droga, barrios a los que las administraciones no llegan, quejas desoidas de todo tipo...), y díganme si no es esto también como Nueva York. Claro, sin las pantallas led de Times Square. En la ciudad del Empire State hay un porcentaje elevado de indigentes con enfermedades mentales y no hay un sistema de salud gratuito, de modo que los problemas allí se han multiplicado, por muchos factores, de manera despiadada. Nos hemos acostumbrado al sufrimiento ajeno. ¿Nos hemos vuelto desalmados?

Tomar decisiones cuesta mucho. Marina Perezagua podía elegir cualquier lugar. Tiene suerte Istán (¡la tierra de los panochos de Málaga!) de tenerla como vecina.